

la nueva luz con que Dios, por medio del anciano Simeón, ilustra su mente, para conocer los designios que tenía sobre su divino Hijo. Con viva claridad contemplaban los divinos atributos encerrados en el divino Niño, las obras que había de llevar á cabo, su propia pequeñez y nada; todo lo cual les descubría la infinita misericordia de Jesús, la enorme ingratitud de los hombres y su inefable dicha. Y esto contemplaban con admiración. Aprende de ellos á admirarte, no de las grandezas humanas, porque todo hombre es heno, sino de las divinas. Jesucristo es, en verdad, admirable en todas sus cosas: en su persona, doctrina, ejemplos, virtudes, gloria y majestad; lo que no se refiere á Cristo, es despreciable. Si no te causan admiración las divinas grandezas, es, ó por tu poca fe, ó por tu falta de consideración, ó porque tu mente está muy embargada en la contemplación de las cosas terrenas; eres como el hombre animal que no percibe las cosas que son de Dios. Pondera la providencia del Señor en mezclar lo amargo con lo dulce, lo sabroso con lo desabrido. Estaba todavía la Virgen saboreándose en contemplar con soberano gozo las grandezas que se decían de Jesús, cuando oye al anciano Simeón que le anuncia la nueva más fatal y dolorosa. Este Niño tan glorioso, luz de las gentes y gloria de Israel, será blanco de cruel persecución, y la espada que le hiera atravesará el corazón de su Madre. ¡Oh Mariá! ¡Qué cambio tan brusco sintió en este momento vuestro espíritu! Del extremo del gozo pasaría sin duda al dolor más excesivo. Un momento antes veíais alegre el brillantísimo cuadro de las grandezas de vuestro Hijo; ahora todo cuanto veis es dolor, amargura, azotes, clavos, espinas y cruz. ¡Oh alma! Contempla y admira en esta Señora los caminos de Dios en el gobierno de las almas; en tus gozos no dudes que vendrá el dolor, y en tus dolores espera la proximidad del gozo. ¿No has experimentado en ti mismo la verdad de esta economía divina?

**Punto 2.º** Este Niño ha nacido para la ruina y para la resurrección de muchos en Israel. Pondera bien estas palabras tan significativas. ¿Quién lo creyera, si el mismo Espíritu Santo no lo hubiera dicho? ¡Jesús, puesto para la ruina de muchos! Él, que vino para que todos tuviesen vida, y la tuviesen con más abundancia, por la malicia de los hombres, viene á ser para algunos ocasión de ruina, por el abuso que hacen de sus gracias, por la resistencia á sus inspiraciones, por el desprecio de sus consejos, por el olvido voluntario y criminal de sus ejemplos. Es aquella misteriosa piedra que destruye y desmenuza á aquel sobre quien cae. Si yo no hubiera venido y no les hubiese hablado, decía de los judíos este Señor, no tendrían pecado; mas ahora no pueden tener excusa de su culpa. ¿Será Él para nosotros causa de gloriosa resurrección, ú ocasión de lamentable ruina? Lo es sin duda para aquellos que le contradicen con orgullo. Para

los judíos, que le contradijeron en su vida mortal hasta dejarle clavado y muerto en la cruz: para los gentiles y herejes, que le contradicen y persiguen en sus discípulos y en su Iglesia; para los malos cristianos, que le contradicen, crucificándole dentro de su corazón, y robándolo del corazón de los fieles con sus escándalos. ¿Pertenece á esta desgraciada clase? Considera al mismo tiempo cómo la piadosa Ana se presentó al templo cuando la Virgen presentaba al Señor á su divino Hijo, é iluminada del divino Espíritu, comenzó á ensalzar y glorificar al Dios que estaba presente. Esta revelación alcanzó esta santa viuda por su asiduidad en la oración, por la frecuencia en visitar el templo, por sus ayunos, por su castidad y demás excelentes virtudes. ¿Las imitamos nosotros? ¡Oh divinísimo Niño Jesús! Bienaventurados son los que os conocen y os aman como merecéis, ó, á lo menos, del modo que ellos pueden. Gracia muy singular es esta, y en ella está cifrada la vida eterna. Concedédmela, Señor, por vuestra misericordia, á fin de que, amándoos con fervor, halle en Vos la gloriosa resurrección, y me preserve de la eterna ruina.

**Epilogo y coloquios.** ¡Qué documentos tan importantes hallamos en el santo Evangelio de este día! Admíranse José y María al oír las alabanzas de Jesús; no les causan admiración las grandezas terrenas, sino las celestiales; su admiración no nace de ignorancia anterior de lo que se dice, sino de la mayor luz que reciben acerca de lo que ya sabían y creían; mas en medio de su gozosa admiración, María es sorprendida con una dolorosa noticia: el santo Simeón le descubre los tormentos que habrá de sufrir aquel hermoso Niño, que ama más que á sí misma. ¡Qué dolor! ¡Qué tormento! ¡Qué pena! Así el Señor sabe sembrar la vida de los justos de espinas y abrojos, para que sepan que su descanso está en el cielo, donde tienen á su Padre y á todo lo que pueden desear. Jesús ha venido para ser la ruina y resurrección de muchos; la ruina para los que se condenen, á pesar de sus avisos, consejos, enseñanzas y amenazas; la resurrección para los que se salven obedeciendo á su ley, aprovechándose de sus Sacramentos; la ruina para los que le contradigan; la resurrección para los que se mantengan dóciles á su voz. ¿Deseamos nosotros hallar en Jesús nuestra resurrección? Miremos cómo pensamos de sus ejemplos, consejos y demás medios de salud, que Él nos ha deparado. Y si nuestra conciencia nos arguye de haber abusado de ellos, hagamos ahora firmes propósitos de cambiar de costumbres, de mudar de vida; y para mejor ejercitarlo, pidamos gracia al Señor, y roguemos por todo cuanto deseamos alcanzar.

DOMINICA VACANTE DESPUÉS DE LA CIRCUNCISIÓN <sup>1</sup>.

*El niño Jesús, modelo de amor á Dios, al prójimo y á sí mismo.*

PRELUDIO 1.º Representate al niño Jesús tendido en el pesebre, y á su corazón ardiendo en vivísimas llamas de verdadero y perfecto amor.

PRELUDIO 2.º Pídele que te enseñe prácticamente el verdadero amor.

**Punto 1.º** Considera primeramente cómo Jesús desde el pesebre ya te enseña el verdadero amor de Dios. El amor se prueba con obras, con que se busca el bien del amado, aun á costa de sufrimientos propios. Así obra Jesús en orden á Dios, buscando su gloria aun con grave incomodidad suya. Para agradecerle y glorificarle se viste de nuestra naturaleza, nace en un portal, y sufre todas las privaciones. Mas, cuando, á pesar suyo, ve el amor que su amado es ofendido, lo siente, se aflige, se entristece, y con lágrimas de pena y dolor desea resarcirle del amor que se le niega, y por su parte hace cuanto puede para traerle amadores sinceros. Contempla á Jesús en el pesebre; sus lágrimas no son de dolor por sus penas, sino de sentimiento por las ofensas de Dios; con su inspiración atrae al pesebre á los pastores y á los gentiles para que glorifiquen á Dios. ¡Oh quién nos diera amar á Dios con este amor eficaz, práctico y operativo con que le ama Jesús! Pondera luego cómo también nos predica y enseña el amor á los prójimos. Todo cuanto hace, sufre y padece en el pesebre, es para bien de los hombres. Es su amor tan desinteresado, que en él no se busca en nada á sí mismo, sino puramente el bien, la salvación de las almas. Para librarlos de las enfermedades, carga gustoso con todos los dolores que ellas ocasionan. Él abraza la tristeza para merecernos sempiterna alegría, soporta los tedios para despertar nuestra esperanza, se priva de los bienes temporales para ganarnos los eternos. ¿Conoces ahora cuán bien te enseña el niño Jesús el verdadero amor á Dios y á tus prójimos? ¿Es tu amor como el suyo, de obra, desinteresado, desprendido y constante en tolerar los trabajos? ¡Oh divino Jesús! ¡Cuán presto comenzáis vuestro oficio de Maestro! ¡Con qué perfección me enseñáis el amor verdadero para con Dios y para con mis prójimos! Esclareced mi entendimiento, para que, conociendo vuestros ejemplos, los siga con fidelidad, y merezca el premio que ofrecéis á los que os siguen.

**Punto 2.º** En este punto has de considerar cómo Jesús en

<sup>1</sup> Los años en que la fiesta de la Circuncisión del Señor no cae en domingo, lunes ó martes, ocurre después de dicha fiesta una dominica llamada *vacante*, en la cual se podrá tener esta meditación.

su infancia te enseña también el modo de amarte á ti mismo santamente. El verdadero amor á sí mismo consiste en querer para sí el bien, no falso y aparente, sino el sólido y verdadero, que es el eterno. El que de veras se ama, busca antes que todas las cosas su último fin, y á la consecución de él dirige y ordena todas sus obras y trabajos. Nada hace, dice ni proyecta que pueda apartarle de él, y aleja de sí con presteza y energía todas aquellas cosas que pueden servirle de estorbo. Para lograr su fin, no vacila en sujetarse á toda suerte de privaciones, penas, tormentos y humillaciones; renuncia, cual si fuera vil estiércol, todos los bienes mundanos para lucrar á Cristo; lleva todos los días la cruz, con el fin de seguirle constantemente, cumpliendo la voluntad divina. Obrar de este modo es amarse con amor verdadero; lo contrario es amarse con amor fingido, es aborrecerse, conforme lo que dice el Salvador: «Quien ame su alma, la perderá; y quien la perdiere por mi amor, la ganará». Contempla ahora al infante Jesús en el pesebre. ¿Qué bien quiere para sí? No el sensual, sino el de la gloria de Dios. Sus palabras son estas: «Yo no busco mi gloria, sino la del que me envió». Entre las privaciones en que se halla está tranquilo, porque cumple la voluntad de su Padre. Él mira al mundo cubierto de crímenes; las olas de los pecados se empujan furiosamente; su Padre es desconocido y deshonrado; la verdadera Religión es abandonada; el demonio extiende por doquiera su imperio, y Jesús, aunque siente vivísimamente tanto mal, permanece tranquilo en el pesebre, contento con cumplir la divina voluntad, tolerando las inclemencias del tiempo, los efectos de la pobreza y las molestias propias de su estado, prefiriendo á todas las cosas el cumplimiento de la voluntad de Dios. Así debes tú amarte; deseando para ti los bienes sólidos y eternos; privándote de todo aquello que estorbe ó retarde su consecución, y tolerando todas las penalidades necesarias para lograr este fin. ¿Te amas de este modo? ¡Ay de mí! Hasta ahora, lejos de amarme, me he aborrecido como si fuera el mayor enemigo de mí mismo; por disfrutar un placer vil y pasajero me he puesto en peligro de sufrir tormentos eternos, y por un pedazo de tierra he vendido los bienes del cielo. Guíad, Señor, mis pasos; gobernad y enderezad mi corazón, para que no se aparte del camino por Vos trazado y seguido desde la infancia.

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán bien nos predica Jesús desde el pesebre la práctica de la verdadera, sólida y perfecta caridad! El amor puede considerarse en cuanto nos une con Dios, con nuestros hermanos y con nosotros mismos. Estos tres amores, ó tres actos de un mismo amor, practica Jesús en el pesebre. Él ama vivamente á Dios; y porque le ama, busca su divina gloria con todas sus fuerzas; llora con vivo sentimiento las ofensas que recibe, y soporta gozoso todos los trabajos por cumplir su divi-

na voluntad. Él ama á los hombres, y su amor es desinteresado, desprendido, activo, diligente, sufrido y eficaz para proporcionarles toda suerte de bienes, aun á costa de su propio descanso, salud y vida. Él se ama á sí mismo con amor verdadero, y por esto busca exclusivamente la gloria de Dios; menosprecia lo temporal; suspira por lo eterno; pone bajo sus pies los bienes todos de este mundo. Aquí tenemos el modelo que necesitábamos. ¿Procuraremos imitarle? Para esto, ¿qué debemos evitar, corregir ó mejorar en nuestra conducta? Reflexionémoslo con grande atención; propongamos con firmeza y decidida voluntad, y en fervientes coloquios pidamos por nosotros y por todos.

#### DOMINICA DENTRO DE LA OCTAVA DE LA EPIFANÍA.

PRELUDIO 1.º Habiendo subido á Jerusalén la sagrada Familia, Jesús se quedó en el templo sin comunicarlo á sus padres; los cuales, echándole de menos, le buscaron con dolor hasta hallarle.—(Luc., II, 42-52.)

PRELUDIO 2.º Representate á José y María buscando con grandísimo dolor á Jesús, y hallándole en el templo.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de aprender las enseñanzas que te dan Jesús y María.

**Punto 1.º** Habiendo subido María y José al templo para adorar al Señor, según mandaba la ley á los israelitas, llevaron en su compañía á Jesús, niño á la sazón de doce años. Y volviéndose ya á su pueblo, quedóse Jesús allá, sin apercibirse de ello sus padres, los cuales creían que venía en el acompañamiento con la otra gente. Acerca de este hecho tan extraordinario has de contemplar con edificación y con deseos de imitarlos, la obediencia, devoción y buen ejemplo que dan estos piadosos consortes, haciendo todos los años un largo y penoso viaje, no con el objeto de lucro temporal, ni por el amor natural que pudieran tener á algunos parientes que tuviesen en Jerusalén, ni por vana curiosidad, sino puramente por honrar y glorificar á la majestad de Dios en su santo templo. Así enseñan á los padres que deben educar á sus hijos, no sólo con consejos, avisos y enseñanzas, sino también con ejemplos. Aquí está el más perfecto modelo de la familia cristiana. ¡Oh si todas tratasen de imitarla, consagrándose, no ya individualmente, sino en común, al servicio del Señor! Pondera luego el extraño suceso de quedarse Jesús en el templo, ignorándolo sus padres, y las virtudes que ejercita. ¡Qué amor tan vivo para con su Padre celestial, y qué deseo tan encendido de cumplir su voluntad! ¡Para ello no vacila en dar á su tierna Madre el más acerbo de los dolores y el más horrible sentimiento! Ninguna otra causa hubiera podido mover á Jesús á causarle tal pena; empero el amor de Dios está sobre todo, es amor de preferencia. ¡Qué desprendimiento de carne y sangre! De este modo enseña prácticamente la santa libertad con que de-

ben abandonar á sus padres y parientes todos aquellos que se sienten llamados á la vida perfecta. ¡Ay de ellos si por un amor mal entendido, y por no disgustar á los hombres, vuelven á Dios las espaldas! Algún día les dirá: Yo os llamé, y me resististeis; os rogué, y me despreciasteis; en vuestra perdición yo me burlaré de vosotros. ¡Oh dulcísimo Jesús! No permitáis que sea yo tan rebelde, que me oponga al cumplimiento de vuestra voluntad; preparado está, Señor, mi corazón, preparado está; dispuesto estoy á seguiros constantemente con vuestra gracia, aunque haya de morir con Vos. ¿Abrigamos nosotros estos sentimientos? ¿Imitamos la devoción, obediencia y demás virtudes de José y María?

**Punto 2.º** Considera cómo habiendo María y José hallado á Jesús en el templo después de una dolorosa y pesada inquisición, díjole su Madre: «Hijo, ¿por qué lo hiciste así con nosotros? Mira que tu padre y yo con dolor te buscábamos». Jesús respondió: «Pues, ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que en las cosas de mi Padre conviene que yo asista»? María no se queja de Jesús; sólo le manifiesta con humildad su excesivo dolor y la grande ansiedad en que se había hallado por motivo de su separación. Derrama en la presencia de su divino Hijo los sentimientos de su afligido corazón, porque no es defectuoso abrir á Dios nuestro espíritu, manifestándole nuestras penas, siendo Él el único que puede curarlas radicalmente. ¿Por qué pierdes tú el tiempo contándolas á los hombres, que no te pueden remediar, y dejas de presentarlas á Dios, que podría eficazmente consolarte? Contempla las circunstancias de la palabra de María: es breve, no encarece su dolor y amargura; es humilde, llama á José con el nombre de padre, anticipándole á sí; es paciente; ninguna muestra da de poca resignación ó paciencia; toda ella respira amor materno, ternura inmensa, afecto celestial. ¡Oh quién supiera imitar á esta angelical Señora! Pondera luego la admirable respuesta de Jesús, desabrida en la apariencia y según la exterior córteza, pero en realidad llena de divina sabiduría y de encendido amor. Así obra Dios con aquellos que fielmente le sirven: trátalos con severidad aparente, para ejercitarlos en la virtud y darles ocasión de merecer; mas siempre es un Padre amoroso que vela por el bien de sus hijos. Pregunta por qué le buscaban: si le buscaban como á su Dios, no tenían necesidad de ello, porque no se había separado de ellos; si como á hombre, había de estar en las cosas de su Padre. ¡Con qué claridad descubrió á los judíos presentes que Él era más que hombre! Sin embargo, ellos no quisieron entenderlo, y se contentaron con rendir á Jesús un tributo de admiración transitoria. Mira en lo que se ocupa Jesús y en lo que debes tú ocuparte: en las cosas de tu Padre celestial. Deja á los muertos que entierren á sus muertos; tú sigue constante y fielmente á Cristo. ¿Lo has practi-

cado así? ¡Oh Salvador mío! De hoy más, vuestras palabras serán la respuesta que yo daré á los que quisieren retraerme de vuestro divino servicio: «En las cosas de mi Padre, conviene que yo asista». La gloria de mi Padre es mi gloria; el interés de mi Padre es mi interés, y el honor de este divino Padre buscaré hasta mi último aliento.

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué ejemplo tan hermoso para las familias cristianas se halla en el suceso que es objeto del Evangelio de hoy! José y María suben todos los años á Jerusalén para adorar á Dios en su santo templo; y, aunque el viaje es largo y trabajoso, y ellos privados de recursos materiales, no abandonan esta santa costumbre, haciendo que el divino Jesús les acompañe. Mas, ¡oh abismo de la Providencia divina!, uno de estos viajes tan santos es para ellos motivo del más intenso dolor. Jesús, niño de doce años, deseoso de cumplir la voluntad de su Padre celestial, aun á costa de la tranquilidad y alegría de su Madre terrena, quédase en el templo sin comunicárselo. Advertida por José y María la ausencia del divino Niño, con dolor regresan á la ciudad, le buscan por todas partes, preguntan á todos los parientes y conocidos, y sólo después de tres días le encuentran en el templo con los doctores de la Ley. ¡Qué enseñanzas! ¡Qué misterios! ¡Qué documentos! Viendo el desprendimiento de Jesús, ¿conservaremos afecto desordenado á carne y sangre? Contemplando el proceder de María, ¿no buscaremos con más dolor, deseo y constancia la divina gracia? Lloremos si la hemos perdido; practiquemos los medios necesarios para hallarla; pongamos lo que hemos de hacer ú omitir al efecto, y roguemos por nosotros y los demás.

#### DOMINICA II DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

**PRELUDIO 1.º** Hubo unas bodas en Caná de Galilea, á las que asistieron Jesús y María: y habiendo faltado en ellas el vino, Jesús remedió milagrosamente la falta por la súplica de María.—(Joan., II, 1-11.)

**PRELUDIO 2.º** Representémonos el convite de las bodas y á Jesús y María dando providencias para remediar la falta del vino.

**PRELUDIO 3.º** Pidamos firme confianza en el poder de Jesús y en la bondad maternal de María.

**Punto 1.º** Celebráronse unas bodas en Caná de Galilea, y á ellas fueron invitados el Salvador y su Santísima Madre, los cuales accedieron con benignidad á tal invitación. Acerca de este acontecimiento has de considerar dos cosas principalmente. La prudencia de los esposos en invitar á Jesús y á María, y la santa condescendencia de éstos en aceptar la invitación. ¡Felices estos esposos, que reciben en su convite á los dos más ilustres personajes que había en el cielo y en tierra! ¡Qué bendiciones tan

abundantes pueden esperar para su nuevo estado, cuando entre la comitiva que los bendice y acompaña están Aquel, en el cual han de ser bendecidas todas las gentes, y aquella que por antonomasia es llamada la bendita entre todas las mujeres! Con tales comensales, todos los que asistían al convite se alegrarían santamente, sin que ninguno se permitiese la más insignificante ligereza. ¡Qué recato en las miradas! ¡Qué cuidado en las palabras! ¡Qué miramiento en todas las acciones! Estos convidados debieras procurar tú en tu mesa, guardando en ella la presencia de Dios, buscando ante todo su gloria, y comiendo en su nombre. Propio es de los justos, como dice David, comer y banquetear alegremente en la presencia de Dios. Pondera luego cómo Jesús y María no rechazaron la invitación de los piadosos esposos. La caridad verdadera se hace toda para todos, es alegre con los alegres, jovial con los joviales, triste con los tristes; y si va gustosa á la casa del llanto, no rehusa tampoco la casa del convite, cuando en ella puede hacer algún bien á su prójimo. Todo esto pretendían y esto hicieron Jesús y María. ¡Pobres esposos! ¡En qué confusión y afrenta se hubieran visto, si en su convite no se hubieran ellos hallado! Mas si consintieron Jesús y María en asistir á las bodas á que fueron invitados, mucho más se dignarán acompañarte en espíritu y con su protección siempre que los llames, sobre todo si los llamas para que te asistan en tus luchas, contradicciones y trabajos. ¿Cómo no los invitas con humildad? ¿Cómo no perseveras orando hasta alcanzar lo que pretendes? ¡Oh dulce Jesús! ¡Oh amabilísima María! No os olvidéis de este miserable siervo vuestro, que os invoca con deseo de que le asistáis; poco es lo que os puedo ofrecer; pero, según ello sea aceptadlo: mi corazón por morada, el vino de la compunción y el pan de lágrimas; aceptadlo por vuestra bondad, y no me privéis de vuestra compañía.

**Punto 2.º** Habiendo faltado el vino en las bodas, rogado Jesús por su Santísima Madre, mandó llenar de agua unas tinajas, y con un acto de su voluntad omnipotente la convirtió en vino, socorriendo de este modo prodigioso la necesidad y apuro de aquellos esposos. Considera en este hecho la pobreza y miseria del hombre, y su poca virtud y fortaleza figuradas por el vino, que cuando más necesarias son, entonces vienen á faltar. Muy bien dijo el Señor: «Sin Mí nada podéis hacer». Afortunadamente, tiene una Madre bondadosísima, llena de misericordia y ternura para con los que la obsequian, como se vió en este caso. Sin ser rogada, Ella descubre el apuro de los criados que sirven á la mesa, observa la falta del vino; y aunque es necesario para subvenir á tal necesidad un grande milagro, y Jesucristo no ha querido hacer todavía ninguno en público, Ella no vacila, y con confianza ilimitada, con seguridad absoluta de alcanzar lo que desea, representa á su Hijo con brevedad la falta que ha

notado, y encarga á los criados que hagan todo lo que Él les diga. ¿Quién confiará en las cosas terrenas, viendo que escasean y nos faltan cuando mayor necesidad teníamos de ellas? ¿Quién no lo esperará todo de la bondad, poder, misericordia y benignidad de María, que así se anticipa á socorrer á los que no la invocan? ¿Qué hará con aquellos que la ruegan con humilde confianza? Jesús manda á los criados que llenen de agua las tinajas, que estaban vacías. Antes de conceder sus favores, exige de nosotros el sacrificio del propio juicio, la obediencia, y que de nuestra parte hagamos cuanto nos sea posible. Y cuando ya no sirven los medios humanos, entonces se vale de su virtud omnipotente, y con ella convierte el agua en vino, esto es, nuestra debilidad en fortaleza, nuestra frialdad en fervor, nuestra tristeza en gozo, nuestra pequeñez en eterna grandeza. ¡Oh Dios omnipotente! ¡Cuán fácil cosa es para Vos enriquecer súbitamente al pobre y al mendigo! Del vil estiércol le levantáis para colocarle entre los príncipes de vuestro reino. Dadme firme confianza en vuestro poder y misericordia, y humilde sumisión á vuestros mandatos, á fin de hacerme digno de vuestros favores.

**Epílogo y coloquios.** ¡Dichosos esposos, que cuentan entre los convidados á su boda á Jesús y á María, su Santísima Madre! Estando con ellos tan distinguidos personajes, nada pueden temer, ninguna cosa podrá aguarles el purísimo contento que experimentan. ¡Oh, si nosotros procurásemos no separarnos jamás de ellos, ni en las tristezas, ni en las alegrías, ni en la aflicción, ni en el contento! Si con humildad, confianza y amor los invocásemos, no dejarían ellos de acudir á nuestro socorro y alivio. Cuando no rechazaron el convite de bodas, menos rechazarían nuestro convite, siendo su presencia tan necesaria para nuestra santificación y salvación. En lo mejor y más animado del convite de Caná escasea el vino. ¡Así son las cosas materiales y los gustos del sentido! Si no las abandonamos, ellas nos dejarán cuando más las necesitemos. ¿Quién será tan insensato que ponga en ellas su corazón? ¡Ay del hombre que cifra su felicidad y contento en los gustos, empleos, riquezas ó placeres del mundo! ¡Qué pena, qué vergüenza y sentimiento experimentará cuando, á pesar suyo, se le escapen de sus manos! El hombre sensato y prudente pone su corazón y funda su esperanza en el amor de Jesús y en la maternal bondad de María. De este modo jamás queda confundido. Si es necesario, ellos harán milagros para ayudarle, como lo hicieron para subvenir á la necesidad de los apurados esposos. ¿Qué resoluciones nos conviene tomar en vista de todo esto? ¿En qué ponemos nuestro corazón? ¿Cuándo comenzaremos á confiar en la misericordiosa y eficaz protección de María? Mirémosla como una Madre tierna y bondadosa: propongamos portarnos como verdaderos hijos, y, al

efecto, pidamos los auxilios y luces necesarias, y roguemos por las demás necesidades y obligaciones.

### DOMINICA III DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

**PRELUDIO 1.º** Bajando Jesús de un monte, le siguieron muchas turbas, y acercándosele un leproso, obtuvo la salud que pedía. Entrando luego en Cafarnaum, un centurión le suplicó sanase á un criado suyo, y al instante fué oído, obteniendo para su siervo la salud apetecida.—(Matth., viii, 1-13.)

**PRELUDIO 2.º** Representémosnos á Jesús rodeado de gentes, y á los enfermos que se le acercan para pedirle lo que desean.

**PRELUDIO 3.º** Pidamos la gracia de imitar las virtudes del leproso y del centurión.

**Punto 1.º** Bajando Jesús de un monte, le rodeó innumerable turba de gente. Los varones apostólicos que quieran hacer fruto en las almas deben imitar á Jesús: conviene que suban al monte de la oración y perfección antes de dedicarse á los ejercicios y ministerios con los prójimos. Necesario es que en el retiro de la oración traten á solas con Dios aquello que han de enseñar y predicar al pueblo. El olvido de este consejo ha hecho no pocas veces estériles sus trabajos. Considera cómo se acercó á Jesús un miserable leproso, el cual, adorándole con humildad profunda, dijo: « Señor, si quieres, puedes limpiarme ». Jesús alargó su mano y le tocó, diciendo: « Quiero; sé limpio ». Admira, por una parte, las excelentes virtudes de este pobre leproso, con las cuales se dispuso para recibir la gracia de la salud corporal; y, por otra, la infinita dignación de Jesús en escucharle con agrado, en tocarle con cariño y en sanarle tan perfectamente. ¡Qué humildad tan profunda en el leproso! Póstrase en tierra, cosiendo su frente con el polvo, como dice san Lucas. ¡Qué fe tan viva! Dice: « Si quieres, puedes; tu poder se extiende á todo lo que quiera tu voluntad ». ¡Qué confianza tan firme! No dice, si quieres, porque dude de la voluntad de Jesús, sino porque recela por su propia indignidad. Y ¡qué resignación tan admirable! Muestra su deseo, pero expresamente nada pide: todo lo remite á la bondad y misericordia de Jesús. ¡Oh, si nosotros imitásemos este hermoso ejemplo, cuán cierta sería nuestra curación de la lepra espiritual del pecado! Pondera, además, la benignidad y ternura de Jesús, el cual, compadecido de la miseria del pobre leproso, no se desdenó de alargar su divina mano para tocarle, por más que los judíos consideraban como una impureza legal tocar á un leproso, y en la misma ley estaba prohibido, por el peligro de contagio; mas en el Señor no había tal peligro, y, como Legislador, no estaba obligado á tal precepto, y prefirió en este caso la benevolencia, amor y caridad con el enfermo. ¡Cuánto has de amar la caridad con tus prójimos! Sin olvidar por esto la obediencia debida á la ley y tus superiores, puesto que el mismo Jesús mandó